



LA PUERTA PINTADA

Por el autor de la saga de los Banu Qasi

CARLOS AURENSANZ

Año 1949. La aparición de un cadáver junto al río está a punto de trastornar la vida de los habitantes de Puente Real, una tranquila ciudad de provincias en la posguerra. Es solo el primero de una serie de extraños crímenes que van a cambiar para siempre la vida de don Manuel, el médico forense encargado de la investigación.

Año 1936. Ha estallado la Guerra Civil. A su pesar, la vida de Salvador, un impresor simpatizante de las izquierdas, y la de su esposa Teresa, maestra en una escuela de la República, se ven arrastradas inexorablemente hacia la tragedia y la muerte.

Los protagonistas de estos dos momentos tejen de forma magistral una historia que es en sí misma un *thriller*, pero también una novela costumbrista que retrata la cerrada sociedad de la posguerra, sin rehuir el drama descarnado de la Guerra Civil y la posterior represión.

Cuenta, además, con elementos propios de una novela gótica, como el escenario principal donde se desarrolla la trama, la catedral de Puente Real, la vivienda del campanero ubicada en su tejado y, sobre todo, su magnífica Puerta del Juicio, en la que se revelan, dramáticamente esculpidos en piedra, los castigos que esperan a los pecadores. En medio de todo ello, una improbable historia de amor acaba por abrirse paso para conducirnos al desenlace final.

PRIMERA PARTE

Puente Real, 1949

Capítulo 1

Jueves, 7 de julio de 1949

Poco imaginaban los confiados parroquianos del Nuevo Casino de Puente Real, dispuestos a ocupar sus asientos bajo las enormes aspas del ventilador en aquella tórrida tarde de verano, que el drama que iba a cambiar sus vidas ya había comenzado. El zumbido del aparato quedó eclipsado un instante por el chirrido de las sillas al arrastrarse por encima de la tarima cuando Manuel Vega y sus tres acompañantes se acomodaron en sus lugares habituales antes de terminar los saludos, los chascarrillos y los desafíos verbales que cada día, casi como un ritual, precedían a la partida.

Benito, el engolado camarero, esperó a que todos estuvieran alrededor de la sólida mesa de mármol para acercarse sosteniendo con maestría en la mano izquierda su inseparable bandeja redonda, con las cuatro tazas de café humeante que distribuyó a ambos lados del tapete. Después sirvió las copas. Colocó el coñac junto al capitán Solís, sorteando el taburete en que este acostumbraba dejar su arma reglamentaria, siempre cubierta por el tricornio. El anís era para mosén Hipólito, el archivero de la catedral, que trataba de despejarse el alzacuello de la abundante papada con dos dedos, sudando dentro de la sotana. Dio la vuelta a la mesa de espaldas al ventanal entreabierto para dejar el aguardiente a la derecha del alcalde y vació la bandeja cuando acercó a don Manuel la copa de Ponche Caballero. Dejó un cenicero de la mesa contigua y, con la servi-

lleta blanca pulcramente doblada en el antebrazo izquierdo, terminó por preguntar:

—¿Desean algo más los señores?

—Abre la ventana del todo y retira la cortina, a ver si entra un poco de aire fresco —pidió el archivero.

—Fresco no será, mosén —contestó el alcalde—, que viene de bochorno. No nos queda más que aguantar.

El capitán dejó la taza en el plato después de darle un sorbo, cogió el mazo de cartas y aprovechó para terciar mientras empezaba a barajar.

—No te quejes, Hipólito, que más calor pasarán los que están trillando —soltó con sorna, y dejó la baraja a su derecha—. Corta, anda, que hoy os desplumamos. Nos vamos a tomar la revancha, ¿eh, Manuel?

El médico se estaba secando con el pañuelo los ojos permanentemente llorosos, pero respondió:

—Eso será si el Altísimo se despista y deja de favorecer a su ministro... ¡Que no es normal cantar tres veces las cuarenta, diantre!

—Déjate de ayudas divinas y de excusas, Manuel. ¡A un aragonés vais a ganar vosotros al guiñote! —exclamó el cura, que iba cogiendo con los dedos regordetes las cartas que el capitán repartía.

—Siendo el día que es, a ver si es san Fermín el que nos echa algún capote. A nosotros, a ser posible. —El capitán Solís rio.

—Deja en paz a san Fermín, Domingo, que bastante trabajo tendrá hoy por la capital. —Bromeó al recoger la primera baza.

—¿Qué tal Margarita, por cierto? —preguntó el alcalde, sonriendo aún.

—Pues ya me gustaría decirte que bien, pero me temo que no puedo —respondió Manuel—. Le va a costar mucho superarlo... si es que lo hace. La he dejado descansando un rato, al cuidado de Carmencita.

—Fue muy duro, también para ti, Manuel. Un hijo es un hijo. Pero si algo sabemos todos es que el paso del tiempo ayuda —añadió con gesto de contrariedad, quizás arrepentido de haber sacado el tema—. ¿Qué le voy a contar yo a un médico? De todas formas, has hecho bien en recuperar la costumbre de la partida, no es bueno encerrarse en el dolor.

—Y yo os agradezco que me hayáis acogido de nuevo —murmuró Manuel, acercándose el pañuelo a los ojos una vez más.

—¡Coño, Manuel! Eres el único que puede ayudarme a ganar una partida a estos dos —soltó el capitán, para romper la tensión.

—¡Veinte en copas! —anunció don Hipólito.

—¡No te digo! ¡Ya estamos! —protestó frunciendo el ceño.

Cuando terminó la primera partida, el alcalde se volvió hacia el ventanal abierto y retiró la cortina. La mole del edificio del Nuevo Casino empezaba a sombrear el inicio de la calle Gaztambide, que daba acceso a la plaza de los Fueros desde la carretera de Zaragoza, por la que bajaba, ruidoso, el coche de las cuatro de La Veloz Puentestina. El vetusto autobús iba completo, de modo que varios mozos de blanco y rojo compartían el espacio del techo con el equipaje.

—¡Ah, la juventud! —exclamó el alcalde, volviéndose de nuevo para coger sus cartas—. Por nada del mundo pasaría yo ahora dos o tres horas ahí arriba, a pleno sol, para subir a Pamplona.

—¿No te han invitado siendo hoy el patrón?

—Sí, claro que sí. Hemos recibido invitación oficial del Ayuntamiento y del gobernador civil, pero estoy descubriendo que ser mutilado de guerra y arrastrar una pierna te permite tomar decisiones que de otra manera serían interpretadas como descortesía. De todas formas, ha acudido una buena representación, tres concejales con Herminio a la cabeza.

—Bueno, ahí está siempre el vicealcalde, dispuesto a asumir esas funciones —dejó caer el capitán, con sorna.

—¡Solís...! —exclamó el alcalde con media sonrisa, utilizando el apellido como hacía cada vez que reconvenía a alguien.

—¡Joder, Santiago! —soltó el capitán en voz baja y mirando de soslayo a las mesas contiguas—. Que nos conocemos hace muchos años, como para andarnos con remilgos.

—Estamos en el mismo barco, Domingo. Y es mi deber cuidar de que esta tripulación se mantenga unida, por la cuenta que nos trae.

—Qué bien hablas, alcalde... En eso ni Herminio te supera. —El capitán rio.

—¡Las cuarenta! —cantó mosén Hipólito.

—¡Joder, mosén! ¡Las mata callando!

—¡Arrastro! —anunció de nuevo cuando se acabaron las cartas del mazo.

—No te despistes, Domingo —bromeó Manuel—. Contra estos dos hay que jugar con los cinco sentidos.

—No hace falta contar —dijo ufano el archivero—. Dos a cero.

Benito se acercó para retirar las tazas del café, y el alcalde aprovechó para encender el puro que se había sacado del bolsillo de la chaqueta. El agradable aroma del tabaco se extendió en torno a la mesa.

—¿Y de dónde viene lo de «mosén». Hipólito? —preguntó el capitán—. Siempre te lo quiero preguntar y nunca lo hago.

—Ya sabes que soy de Zaragoza. Acabé aquí en los fatídicos años de la República, ¡quiera Dios que no se repita un infierno como aquel! Conocía al que entonces era deán, y él sabía de mi trabajo en el archivo Diocesano. Casualmente el puesto de archivero de la catedral estaba vacante... y aquí sigo, más de quince años después. ¡Estamos en manos de la Divina Providencia!

—Te pregunto por el «mosén».

—Ya sabes que es el título que se da a los curas en Aragón. Allí todo el mundo me conocía como mosén Hipólito, y eso respondía cuando me preguntaban a mi llegada a Puente Real. Y con mosén Hipólito me he quedado... —explicó con una sonrisa, sin dejar de mirar las cartas—. ¡El as de oros, Manuel, no te queda otra!

El médico miró perplejo al religioso y dejó caer la carta sobre la mesa, lanzando una mirada de excusa a su compañero de partida.

—¡Coto en blanco! —El archivero rio abiertamente, de forma que todos los parroquianos pudieran oírlo.

Benito se acercó por tercera vez, en esta ocasión sin la bandeja ni la servilleta colgada del brazo. Rodeó la mesa y se colocó detrás del guardia civil.

—Capitán Solís —dijo después de carraspear para llamar su atención—, el cabo Guzmán está abajo, dice que es urgente.

—¡Coño! ¿No vamos a poder ni acabar la partida? —repuso risueño a pesar de la contrariedad, aunque sin hacer ademán de levantarse.

El camarero se acercó un poco más y habló en voz baja.

—Ha insistido en que baje de inmediato..., que deje lo que esté haciendo.

—Está bien, bajo enseguida. —Se puso en pie al tiempo que cogía el tricornio y se enfundaba el arma en la pistola—. Voy a ver qué ha ocurrido. Esperad un momento, quizá pueda volver si el asunto no es tan urgente.

Mientras el capitán hacía crujir la tarima con los zapatos reglamentarios camino de la escalera, el alcalde volvió a correr la cortina.

—Empieza a ser apremiante construir una estación de autobuses en Puente Real. Fijaos en qué atasco se ha montado en la parada...

Salió al balconcillo con el puro en una mano y la copa de aguardiente en la otra. Miró a derecha e izquierda en lo

que constituía el centro neurálgico de la ciudad.

—Quizás hable con las monjas Clarisas —declaró, observando la tapia que delimitaba el convento—. Ese patio es el lugar perfecto, y no costaría demasiado acondicionarlo.

Manuel se levantó también y salió al balcón.

—Un alcalde no puede olvidar su trabajo ni en el tiempo de asueto —comentó el archivero sin abandonar el sillón, al tiempo que se volvía hacia la escalera de nuevo.

El capitán había subido los escalones de dos en dos y se plantó en el balcón con cuatro zancadas. Cerró las dos hojas tras de sí, y el archivero se encontró aislado del resto, con las cartas aún en la mano.

—Santiago, el asunto es serio... Ha aparecido un cadáver en la orilla del río.

—¡Coño! —espetó el alcalde, prestándole toda la atención—. ¿Quién es? ¿Alguien conocido?

—La han encontrado unos chavales que iban a bañarse, el hijo del Zapaterico y su cuadrilla, ya los conoces. Han ido corriendo al cuartel.

—¿Una mujer? Joder, ¿la han reconocido? —preguntó el alcalde con gesto grave.

—A ver, Santiago, con todas las reservas, dicen que estaba boca abajo, con la cabeza entre los carrizos. No le han visto la cara. Pero hay dos que dicen... que seguro que es Engracia.

—¡No me jodas, Domingo! ¿Engracia? ¿La maestra? ¿La directora de la escuela?

El capitán asintió.

—Pero eso tenemos que comprobarlo, vamos para allá.

—Habrà que avisar al juez —advirtió el alcalde, con el rostro demudado.

—Ya he mandado a Guzmán. Y el sargento Ramírez va hacia el río con los críos. Ven tú también, Manuel, me temo que esta tarde vas a tener más trabajo del que esperabas,

pero como forense —añadió mientras abría las puertas del balcón.

»Tenemos que marcharnos, mosén —fue lo único que dijo el capitán cuando pasó junto al cura esquivando los muebles—. Mañana será otro día.

El archivero los miraba de hito en hito, encajado todavía entre los brazos del sillón. Cuando quiso reaccionar, ya bajaban las escaleras.

—¿Dónde la han encontrado? —preguntó el alcalde, sosteniendo al capitán con el brazo una vez que hubieron dejado atrás la suntuosa puerta del casino.

—En la Peñica, alcalde.

—En ese caso será mejor que nos acerquemos en mi coche.

El capitán asintió. La cochera del alcalde se encontraba a cien metros, y el vehículo les permitiría llegar con rapidez al final del paseo que bordeaba el río a su paso por la ciudad.

Manuel, alterado e inquieto, abrió la portezuela trasera del Citroën negro, se sentó en el centro del asiento corrido y esperó a que el alcalde se pusiera al volante. La puerta del garaje quedó abierta, el vehículo giró a la izquierda y enfiló la carretera de Zaragoza. El motor rugió cuando su dueño pisó a fondo el acelerador. El capitán Solís accionó la manivela de la ventanilla y una corriente de aire caliente golpeó el rostro de Manuel.

—¿Y qué hacían esos mocosos en la Peñica? —preguntó el alcalde cuando pasaban bajo la vía del tren.

—Pues imagínatelo. Bañarse... porque se bañan. Pero de paso esconderse y espiar a alguna de las parejas que suelen acercarse por allí al atardecer.

—¿Y para qué estáis vosotros, si puede saberse?

—¡Hostias, Santiago! ¿Y qué quieres que hagamos? ¿Que nos pasemos el día vigilando a los zagales para que no se hagan pajas mirando a las parejas? Manda a los alguaciles y a los serenos...

—Eso ahora es lo de menos —repuso Manuel—. Si es verdad lo que dicen los chicos, el revuelo va a ser de consideración.

—¿Creéis que ha podido caer al río de forma accidental? —preguntó el alcalde cuando, al completar una curva, vio al grupo que esperaba en la orilla.

—Lo dudo, Santiago, pero aunque hubiera sido así, me consta que Engracia era buena nadadora —recordó Manuel.

Antes de que el coche se hubiera detenido del todo, el capitán había abierto la portezuela y corría ya hacia el río.

Lanzó una mirada a los muchachos que aguardaban un poco apartados, con rostros que reflejaban desde el temor y el disgusto hasta la más que evidente excitación por el acontecimiento.

—¿Dónde está? —preguntó al sargento, que se había cuadrado ante él con gesto marcial.

—Allá abajo, capitán —respondió señalando un pequeño remanso tras las rocas que daban nombre al lugar.

La tela oscura de uno de los sobrios trajes de chaqueta que solía vestir la maestra asomaba en la superficie del agua, que se agitaba en la orilla por el ligero oleaje que levantaba contra la corriente el viento del sur.

—¡Acompáñeme! —ordenó.

Descendieron por las rocas irregulares hasta el borde del cauce.

—Ayúdeme —pidió mientras se inclinaba sobre el cadáver y le sujetaba el antebrazo izquierdo—. Cójala por la pierna. Al menos la sacaremos del agua.

Ambos tiraron con fuerza. El peso de las ropas empapadas y los carrizos que cubrían la orilla no se lo pusieron fácil, pero al cabo de un instante el cuerpo sin vida de la mujer descansaba sobre las rocas. El capitán la tomó con cuidado, esta vez por el brazo derecho, y le dio la vuelta, ahogando un gemido de angustia.

—¡Baja, Manuel, por favor! —llamó.

El médico descendió con cautela y se colocó entre los dos guardias.

—El cuerpo está hinchado, y el rostro bastante desfigurado, pero yo creo que no hay duda... —opinó el alcalde sin perder la mueca de disgusto.

—No la hay, Domingo. Es Engracia Huerta —confirmó Manuel, anotando mentalmente los pormenores de cuanto veía. En unas horas redactaría el informe forense, y cualquier detalle, por nimio que pareciera, podía resultar trascendental.

—Será mejor que no hagamos nada antes de que llegue el juez —decidió el capitán—. Subiré a hablar con los chicos mientras tanto.

Con cuatro zancadas había alcanzado el borde del paseo, y con una docena más se plantó ante el grupo de muchachos.

—¿Quién de vosotros la ha visto primero?

—Yo, señor —contestó un chico de unos trece años, de piel y cabello morenos, que no llevaba más que un pantalón corto, a modo de bañador, y unas alpargatas de esparto.

—Bien, cuéntame lo que has visto.

—Pues... he *llegao* corriendo. Estábamos echando una carrera *pa* ver quién llegaba antes, *pa* ser el primero en subir. —Señaló hacia un árbol que proyectaba sus ramas sobre el río y que los muchachos utilizaban para lanzarse al remanso desde lo alto—. La he visto cuando subía y casi me caigo al agua del susto. Luego, enseguida, antes de que bajara otra vez, han *llegao* los demás.

—¿Había alguien más por aquí?

—¡Qué va! Al menos no hemos visto a nadie. ¡Menudo calor hace *pa* venir ahora hasta aquí si no es a darte un chapuzón!

—¿Ninguno de vosotros ha notado nada extraño? —preguntó al grupo, sin recibir más que gestos de negación en respuesta.

—Domingo, la mujer lleva muerta varias horas, el cuerpo...

—Lo sé, don Manuel —lo interrumpió, recuperando el tratamiento delante de los chavales—, pero el protocolo exige que se hagan este tipo de preguntas. ¡Podéis marcharos! Y gracias por dar el aviso.

—¿Será mucho pedir que no habléis demasiado de esto? —pidió el alcalde—. Tan solo en vuestras casas, no vayáis contándolo por todo Puente Real, ¿de acuerdo?

Algunos de los muchachos asintieron, aunque ninguno daba la impresión de tener ganas de moverse de allí. Parecían considerar el hallazgo como suyo, lo que les daba derecho a permanecer en el sitio hasta ver satisfecha por completo su curiosidad.

—¡Andando! —apremió el capitán, dando palmas ante el grupo—. Id a refrescaros a otro lugar, donde haya algún adulto cerca. Junto a la noria, por ejemplo. Aquí ya no tenéis nada que ver.

Los muchachos obedecieron a regañadientes, aunque al cabo de un instante ya corrían por el paseo en dirección al puente.

La mesa de autopsias era una fría superficie rectangular de mármol con las esquinas redondeadas, sostenida por una pata gruesa del mismo material. El perímetro se levantaba varios centímetros, y una ligera pendiente enviaba cualquier fluido hacia el desagüe situado en el extremo. Había una rejilla en el suelo, alrededor de la mesa, en cuyo extremo se había añadido un lavamanos de loza. La sala, funcional y aséptica, se encontraba en la trasera del hospital Nuestra Señora de Gracia. La luz entraba a través de un amplio ventanal de cristales esmerilados y se proyectaba sobre la sábana blancuzca que cubría el cadáver. Don Manuel acababa de ponerse el mandil, los guantes y la mascarilla, y abrió el maletín, que se encontraba sobre una pe-

queña mesa auxiliar provista de ruedas. Empezó a extraer de él el instrumental y lo fue depositando en orden y a su alcance.

—Empezaré en un momento, Domingo —anunció mientras se secaba los ojos de nuevo con un pañuelo—. Aún estás a tiempo.

—Joder, Manuel, daría cualquier cosa por estar en la otra punta de Puente Real, pero con lo que me acabas de enseñar, me pica la curiosidad. Quiero saber si hay alguna otra sorpresa.

—Como quieras —asintió—. Ve leyendo mis notas mientras termino con esto y me dices si se me ha pasado algún detalle.

El capitán se acercó a la mesa y cogió la libreta, cuya primera hoja ya estaba parcialmente cubierta con la letra menuda de Manuel.

NOTAS INFORME AUTOPSIA

Preparación cadáver para examen.

Traje chaqueta color gris, sobre blusa abotonada antes blanca (ahora color barro del agua del río). Tejido: lino. Ausencia de roturas, desgarros, falta de elementos que hagan pensar uso violencia.

Retirada la chaqueta, se observan dos manchas rojizas en la blusa a la altura del pecho. Ausencia de sujetador. Se aprecian erosiones en ambos pezones.

Retirada falda, llama la atención abultamiento del sexo bajo la ropa interior. Ausencia de señales de violencia en la misma. Ni roturas ni desgarros en la tela. Se retira con cuidado y el extremo de lo que parece un reptil que asoma de la vagina. Antes de continuar doy aviso al capitán Domingo Solís de la Guardia Civil, que actúa como autoridad y testigo. Procedo a retirar el reptil, tirando del extremo que sobresale. Sale con facilidad e íntegramente. Presenta la cabeza machacada. Los conocimientos de ambos permiten

asegurar que se trata de una víbora. Especie habitual en la zona (aunque no en el paraje donde se halló el cadáver). Se preserva en solución de formalina.

Ausencia de señales externas de otra violencia sexual (pendiente de examen necrológico que lo confirme).

—No se me ocurre nada más. Como no pongas que conserva las alhajas...

—Lo anotaré, sí, es cierto. ¿Preparado, entonces?

El capitán asintió, y Manuel retiró con cuidado la sábana que cubría el cadáver. Solo el rostro y el sexo seguían tapados por dos pequeños paños. Manuel rodeó la mesa levantando los miembros, en busca de cualquier señal externa que llamara la atención. No encontró nada. Procedió entonces a examinar el cuerpo en busca de fracturas. Recorrió las extremidades sin hallar nada digno de mención. Se colocó tras la cabeza y palpó los huesos del cráneo. Solo al introducir los dedos bajo la cabeza, en la región occipital, sus dedos tropezaron con una alteración.

—Aquí hay algo —anunció, mientras hurgaba en la base del cráneo—. Parece una fractura por traumatismo, lo bastante relevante para haber podido causar la muerte.

—Viendo lo que hemos visto, no hay razón para pensar que la fractura fuera fortuita, ¿no crees? —razonó el capitán en voz alta.

—Sin eso —señaló con un gesto el frasco de formol en el que había introducido la víbora— podría pensarse en una caída en las rocas donde la encontramos. Pero ahora no, ya no.

Manuel siguió con el examen minucioso de todos los orificios corporales, mientras el capitán, con pudor, se volvía hacia el ventanal.

—Definitivamente, parece que podemos descartar la violación —anunció el forense—, si no es bastante violación que alguien te meta una víbora por ahí. Pero ya me entien-